



CLIO

Revista bimestre de la Academia Dominicana de la Historia

COMISION DE PUBLICACIONES: Henríquez Carvajal, Tejera y Rodríguez Demorizi.

Circulación Gratuita

Núm. XXV.

ENERO - FEBRERO DE 1937.

AÑO V.

GLORIA A DUARTE

1813 - 1838 - 1844

EMILIANO TEJERA

PARRAFOS DE LA EXPOSICION DIRIGIDA AL CONGRESO, EN 1894, POR LA JUNTA ERECTORA DE LA ESTATUA DEL HEROE.

Fué un día de triunfo la llegada de Duarte a su Patria. Las ventanas y puertas de las casas se iluminaron al saberse que el buque que había ido a buscarlo a Curazao, por orden del Gobierno, estaba en el puerto, y el día siguiente, 15 de Marzo, fijado para el desembarque, las calles se poblaron de banderas de todas las naciones, predominando la dominicana, como un homenaje al que la había hecho emblema de una nacionalidad. Una comisión de la Junta Central bajó al muelle para recibirlo, y con ella el Prelado y todos los sacerdotes que había en la Capita. Las tropas, formadas en línea, esperaban su llegada, y al poner el pie en tierra, el cañón lo saludó como si hubiera sido el jefe de la República. El Prelado lo abrazó cordialmente, diciéndole: ¡Salve, Padre de la Patria! El pueblo en masa lo victoreaba, y al llegar a la Plaza de armas, tanto él, como el Ejército, lo proclamaron Jeneral en Jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó, por existir un Gobierno, a quien le correspondía discernir las recompensas a que se hicieran acreedores los servidores de la Patria. Del Palacio de Gobierno, a donde fué a ofrecer sus servicios a la Junta Central, se dirigió a su casa, llevado en triunfo por el pueblo y el Ejército, y allí, Sánchez, con aplauso de todos, y con su jenial franqueza, colocó él mismo banderas blancas en todas las ventanas, diciendo con su ententórea voz "hoy no hay luto en esta casa: ne puede haberlo. La Patria está de plácemes: viste de gala, y Don Juan mismo (el padre de Duarte) desde el cielo bendice y se goza en tan fausto día". El Presbítero Don José Antonio Bonilla, al ver que la anciana madre de Duarte llo-

raba, recordando su recién perdido esposo, le dijo: "los goces no pueden ser completos en la tierra. Si su esposo viviera, el día de hoy sería para Ud. un día de júbilo que sólo se puede disfrutar en el cielo. ¡Dichosa la madre que ha podido dar a su Patria un hijo que tanto la honra!

El mismo día 15 la Junta Central Gubernativa dió a Duarte un puesto en su seno, y le nombró Comandante del Departamento de Santo Domingo. Duarte, henchido de esperanzas, se preparó para ir a combatir el enemigo, que persistía en su proyecto de reducir a nueva esclavitud la naciente República. ¡Qué lejos estaba de pensar que ya había llegado a la cumbre de su Tabor, y que lo que figuraba celajes de gloria, era el vano infecto de la envidia y la ingratitude, y lo que tomaba por palmas de triunfo, los brazos de la cruz dolorosa en que debía ser ajusticiado por los mismos que acababan de deberle la libertad!

Dos victorias llenaron de gloria a la Patria: las del 19 y 30 de Marzo. Esta última libró al Cibao del invasor: la primera no produjo frutos tan completos, y el enemigo continuó ocupando parte del sudoeste de la República. Duarte fué enviado a Baní (marzo 21) con un cuerpo de tropas escogido; pero ni en Sabana Buey, en donde estuvo a la cabeza de la vanguardia del Ejército del Sud, ni en el Cibao, adonde le ordenó la Junta pasar poco después, (Junio 15) con el fin de ir preparando los medios de resistencia contra el elemento reaccionario que dominaba en los camamentos del Sud, logró que las cosas siguieran el curso que anhelaba su patriotismo. Sus riva-

les trabajaban sordamente por perderlo, y su suerte estaba decretada ya.

El año de 1876 le encontró en su interminable destierro, y el mes de Julio, tan fecundo para él en acontecimientos prósperos y adversos, le vió tendido en su lecho de muerte. (el 15) Dios no le concedía el beneficio, tantas veces pedido, de morir en tierra dominicana. ¿Y por qué? ¿Era tan gran delito haber fundado una nacionalidad independiente? Podía haber sido feliz, y desdeno la fecilidad, si no la gozaba en el suelo bendito de la Patria libre. Por esta había sacrificado sus riquezas, la tranquilidad de sus padres, la dicha de sus hermanos, el amor de su juventud, el natural deseo de verse reproducido en sus hijos. Y todo ¿para qué? Su madre reposaba en tierra extraña; sus hermanas, agobiadas por las penas y una ancianidad anticipada, quedaban en la miseria y sin amparo; su hermano, enloquecido por los pesares, podía ser mas tarde el ludibrio de los necios, entregando a la befa de los indiscretos un apellido que tanto había tratado de honrar; sus amigos, los compañeros de su obra, como maldecido por Dios, habían dejado en la senda dolorosa, donde el menor de los males era el destierro, unos su razón, otros la vida en los patibulos, todos su dicha y el porvenir de sus familias; y él, agonizante en pobre y solitario lecho, descendería a la tumba ¡el 16 de Julio! sin llevar el consueño de dormir el sueño eterno en la tierra de su afecto; sin dejar siquiera a sus desgraciadas hermanas con qué pagar la humilde cruz de su sepultura, ni el escaso alimento que consumía en sus postreros dias. Tanto castigo ¿por qué? ¿No había cumplido con su deber, mas que con su deber? Los perversos habían tenido Patria, riquezas, honores, triunfos, y él inocente, agnegado hasta el sacrificio, sólo había recojido calumnias, olvido, miseria, proscrición eterna. ¿Era equitativa tal repartición?... Ah!, es de creerse que el anjel de la muerte no cerraría los ojos del noble anciano, sin que antes cayera de lo alto una gota de consuelo sobre aquel corazón adolorido. Un rayo de amor y justicia iluminaría intensamente la triste mansión del dolor, y el grande espíritu del patriota, libre de la misérrima cubierta terrenal, y confortado por visión sublime y placentera, traspasaría gozoso los umbrales de la eternidad, tan temibles para el que trilló impenitente las sendas de la

perdición. Debió ser iluminada la inmensidad tenebrosa que el tiempo aclarara paso a paso, y los hechos futuros presentes ante él, como si estuvieran reflejados en un espejo purísimo. Donde un día dominó la bandera de Occidente, ondeaba bandera respetada, señora de los mares que bañan la extensa abra entre las dos Americas, unidas por un puente de granito. Seis naciones ligadas por un pacto de justicia constituían la **Confederación colombiana**. Vió que la libertad, el trabajo y la moralidad habían asentado su planta en aquellos pueblos hermanos, y que cada día se daba un paso mas hacia el verdadero progreso. Vió que sus campos estaban bien cultivados; sus artes y ciencias adelantadas; sus industrias florecientes. No vió siervos ni dueños; vió ciudadanos, esclavos de la ley, y la ley reflejo del derecho. Vió la paz reinando en todas partes, y los pueblos que antes dominaban esas regiones, hermanados con los naturales, como si la Confederación fuese la obra de todos, llevada a cabo por los consejos de una sabia política. Y en un punto del espacio, que su corazón le dijo era la Patria; pero que sus ojos desconocían por completo, vió inmensa muchedumbre, que alrededor de imponente estatua, glorificaba una fecha y bendecía un nombre. Y esa fecha era la inmortal del 27 de Feberro, y ese nombre era el suyo. Y con el suyo se glorificaban también los nombres de Sánchez, Mella, Imbert, Duvergé, y de todos los patriotas que habían fundado la República Dominicana. Y esa glorificación era igual en Cuba, como en Puerto Rico, en Jamaica, como en Martinica y Guadalupe, y hasta en el mismo Haití, que había sacudido ya el pesado fardo de su exclusivismo de razas. Y entonces comprendió que la obra de sus sacrificios no había sido infructuosa, ya que era el punto de partida de aquel glorioso y fecundo porvenir; que el bien humano se cimenta en el dolor, y que es tan grande el poder del mal en la tierra, por la perversidad, egoismo, ignorancia y falta de unión de los hombres, que no hay redentor que no cargue cruz, ni deje de beber acíbar hasta su postrer hora en el Calvario. El tiempo es el que convierte las penalidades del héroe en rayos de gloria, porque desapareciendo los perversos que lo combatían por intereses pasajeros, los buenos de las generaciones que se suceden, van rindiendo tributo al mérito, y un día esos homenajes se convierten en corona de triunfo o en apoteosis inmortal.

MIGUEL ANGEL GARRIDO

PARRAFOS DE LA SILUETA DEL PADRE DE LA PATRIA I FUNDADOR DE LA REPUBLICA. PRIMERA EDICION — 1902.

Surje Duarte, vé la abyección de su pueblo, contempla de cerca la ignominia, tiembla al contacto de las frías cadenas de sus compatriotas,

pone en su propia fé la omnipotencia del apostolado de la libertad, predica y convence, anima y exalta, allega en sus primeras diligencias a cuan-

